

Señores don..., don... y don..., estudiantes

Ante todo, quiero tutearles, amigos—me iba a salir “hijos”—míos, y a sus compañeros. Gracias por lo de mi mensaje a Ganivet, al que ya vivió. Ya no puedo dirigirme confiado sino a los que vivieron o a los que se aprestan a vivir. Pero ahora, al dirigirme a vosotros todos, siento que, así como el gigante Anteo—hablo a estudiantes, es decir, a humanistas—recobraba fuerzas al toque con la Tierra, su madre, así al sentir a la distancia, desde mi destierro, vuestra presencia espiritual y moral, se me convierten en nuevas esperanzas los recuerdos—¡añosos ya!—de mi mocedad esperanzosa y esperanzada. Aun me siento joven, porque quien lo ha sido de veras lo será siempre. “¡Hombres nuevos!”, exclaman los más viejos de alma. Basta hombres; que el hombre—no el macho—es siempre nuevo; y no hay que jugar del vocablo ni con la novedad ni con la antigüedad. Me decís que se os acusa de haber perdido el impulso político de vuestros abuelos, y que a ello os han enseñado vuestros padres. No yo.

Ved ahora que en torno vuestro la sirena pretoriana repite: “¡Nada de vuelta al régimen antiguo!” Pero ¿qué es ese régimen antiguo de que es santo y seña cuarteros execrar sin definirlo? Os lo voy a decir. El régimen antiguo a que no se puede volver, sin acabar de envilecer, empobrecer y embrutecer a nuestra España, es el régimen de la ley de Jurisdicciones y del fuero de Guerra, con sus absurdos Consejos; es el que echó de Barcelona con un puntapié de bota con espuelas a un gobernador civil, y el abyecto Gobierno lo soportó, por no comprometer al rey; es el de la ley de Fugas; es el de la represión del 17 y el que ahogó—y esto es más vil—la información que sobre ello había de hacer una Comisión extraparlamentaria; es el de la santiagada del fatídico general F. Silvestre, prototipo de la bravura animal, que no es valor humano; es el que no revisaba las cuentas de los Institutos armados... Eso es el antiguo régimen. Es decir, lo que hoy domina. Porque el Directorio es el colmo del antiguo régimen. El golpe, el porrazo del 13 de septiembre del 1923 lo dió el antiguo régimen al verse en peligro ante un Parlamento que empezaba a actuar civilmente, liberalmente.

¡Liberal! He aquí la vieja y venerable palabra que hacía latir de emoción mi corazón juvenil, que se había estremecido de oscura civilidad al sentir estallar sobre mi natal villa invicta las bombas de los vencedores del 13 de septiembre de 1923. ¡Liberal! Creo que seréis vosotros los estudiantes que pedisteis licencia para constituir una agrupación liberal, sencilla, pura, francamente liberal, y se os negó. ¡Es natural! En tanto pueden agruparse los niños epicenos, que confunden el orden con la ordenanza y no comprenden otra libertad que la del libertinaje ambiguo y con escapulario. Pasan del director de inconciencia al cabo de vara, y se ofrecen para policías honorarios—honor no es honra—, esperando ascender a verdugos honorarios también. Son los de la denuncia cuya reserva se garantiza, los acusiques y soplonos del antiguo régimen que hoy domeña a España.

Liberales, sí, liberales. Quered la libertad liberal, la forma sustancial de la vida social. ¡Libertad y verdad! Y, sobre todo, la libertad de la verdad, que es la justicia. Y la libertad de la verdad no se logra sino con libertad de crítica, con libre examen. El antiguo régimen no pudo desarrollar toda su maleza, toda su podre, toda su gangrena, porque la libre crítica parlamentaria y de la Prensa se lo impedía; pero ved que una vez abatida la tribuna parlamentaria y amordazada la Prensa—ya por una censura de analfabetos galonados, ya con negros mendrugos de Código de munición—, el antiguo régimen ha hecho florecer todas las ovas de su ciénaga, todas las flores de su estercolero. Jamás se han conocido en España más prevaricaciones, más concusiones, más estafas, más ladronicios, más chanchullos y a la vez más injustas persecuciones, más viles venganzas, que bajo el actual Directorio. Y para encubrirlo se trata de formar eso que llaman la Unión Patriótica, madre del caciquismo. Apartaos de los unionpatrioteros. No son personas honradas, cuando no son idiotas. Su aliento apesta a mala baba biliosa y corrompida y a la rumia del pasto amargo de su servidumbre rebotrega.

Aun tenéis años por delante o mejor por encima. Me faltan nueve para que se me jubile oficialmente de la cátedra que el Directorio me retiene y guarda con una argucia de covachuelista; llevo cerca de cuarenta, entre enseñanza privada y oficial, dando con el saber que he logrado adquirir el jugo de mi corazón encendido de pasión por nuestra España, por la libertad y la verdad y la justicia, que es, os lo repito, la libertad de la verdad. Dejaré cuando al fin me arrope en la tierra—¿quién sabe si extranjera?—ocho hijos de carne y hueso y una legión de hijos del corazón y de la mente, que llenarán

la misión que no he podido llenar. A muchos he traído a la vida; a ninguno he llevado a la muerte, y menos con el engaño de un amor patrio inhumano. He peleado toda mi vida contra el "pero si la acierta mal—defenderla y no enmendarla". No comprendo el honor profesional de aquel pobre partero des-acreditado—hacia abortar a sus pacientes—que, acudiendo con sus forceps a un parto laborioso, a lucirse y rescatar su prestigio, como viera que asomaba ya la cabeza del paciente, exclamó: "¡Que lo empujen dentro!" No podía consentir que naciese en paz y sin forceps. No es ni la madre ni el niño quienes tienen que quedar bien: es el partero. Aplicad el trágico cuento a lo de Marruecos y al honor del forceps. Sabido es que la "cruzadas" se hacen para que quede bien la Legión y haya recompensas.

En tanto yo me aplicaba a ensanchar por el mundo, sin otra arma que mi pluma, el nombre y la honra—que no es, repito, el honor—de España. Muchos han aprendido a conocerla mejor y, por ende, a quererla, por mí; la he hecho vivir y revivir en muchos corazones, y jamás se me ha ocurrido que se haga quererla haciendo a palos gritar: "¡Viva España!" He hecho que su cielo histórico, su enseñanza espiritual, luzca sobre muchas mentes sin caer en el fetichismo litúrgico de la bandera de trapo. Y es que mi querencia y mi cariño a ella, a España, ha sido de libertad de verdad, de justicia, no de orden y menos de ordenanza; ha sido de hijo libre y no de siervo.

Estoy acaso desterrado de España para siempre—¡siempre va a ser corto!—, de la España que he soñado con pasión, de la de vuestra vejez, de la de vuestros hijos acaso... Presiento, con tristeza, que lo que suceda a esta tiranía de la demencia armada no será tampoco la libertad civil entera: será otra dictadura; presiento días tristes, de tinieblas. Pero ¡hay que saltar en ellas! Todo menos ahogarse en ese hediondo albañal. Presiento que tendré que luchar contra lo que suceda a ese antiguo régimen, que acabó el 13 de septiembre del 23 su victoria; pero jamás, jamás, jamás, me arrepentiré de haber contribuido a barrer esa podre, "venga lo que viniese", y a haber salvado de la gangrena de la barbarie "pundonorosa, caballeresca y de cruzada" a esa nuestra patria, aunque le cueste cualquier dolorosa amputación. Mejor con libertad y más chica, que sierva y más adelantada, pero no más grande; mejor con dignidad pero débil y triste, que tiránica e injusta y opresora, aunque fuerte y alegre. Aborrezco la fortaleza y la alegría del tirano; sea el tirano un hombre, sea un pueblo. Ved por qué me siento ya derrotado. Y al escribiros estas líneas dolorosas, aquí, al pie casi del Arco de la Estrella, que dice en piedra victorias—las más mentirosas—de un imperio que trató de aomeñar a España, siento como si estuviese trazando mi testamento.

Por hoy, uníos en el culto a la inteligencia y a la humanidad, buscad la libertad de la verdad y mostrad que no sois rebaños para acarrado por mastines y que la disciplina—"disciplinada"—del discípulo, del estudiante, del que busca maestro y maestría y magisterio no es la servidumbre del recluta que a las voces, teniendo los ojos claros y abiertos, tiene que seguir la orden de un ciego. O la de un loco.

Y no más por hoy.

Os estrecha contra su pecho, anhelante de desesperanzada esperanza, de fe hecha de dudas, de amor fraguado con aborrecimientos.

Miguel de Unamuno.

París, 17 - IV - 1925.

